

Manuel Saiz

EL ARTE Y EL RESTO

El origen de este libro se encuentra en la inspiración que supuso la relación con la obra y la personalidad de los participantes en el proyecto *One True Art, 16 respuestas a la pregunta qué es arte*, (MNCARS, Madrid, en septiembre 2016), y en especial las de Christoph Menke y Pierre Alferi. El desarrollo de los pensamientos que contiene debe mucho a largas conversaciones con Erik Bünger. Conseguí un texto legible gracias a las observaciones de Charo Hernando, especialmente en lo referente al lenguaje, y de Pedro Pertejo quien, en su calidad de artista y pensador, tiene una visión equilibrada de los temas que aquí se tratan. Agradezco a Ana Ara y a Daniel Lesmes su apoyo continuado hasta la publicación del libro; a Isidoro Reguera, la atención con la que ha recibido la redacción definitiva.

ÍNDICE

9	PRÓLOGO por Isidoro Reguera	97	El exceso
33	ADVERTENCIA AL LECTOR	99	Ansiedad
	EL ARTE Y EL RESTO	101	Lastre
41	EL ARTE Y EL ARTE	103	EL ARTE Y LA POLÍTICA
43	Introducción	105	Realidad
48	El resto	108	El papel del artista
52	El arte contra el resto	110	El arte y el activismo político
55	<i>Ready-mades</i>	113	El arte político
59	Autonomización del arte	117	La política por poderes
63	EL ARTE Y EL OBJETO	119	La propaganda
65	Objetos artísticos	122	El dualismo
68	Enfoques de objetos artísticos	124	La micronización
70	Coincidencia	128	Ética
73	La obra de arte como realidad	131	EL ARTE Y LA MUERTE
75	La tarea del artista	133	Arte en la muerte
77	La obra de arte como arte muerto	136	Apego a la vida
81	EL ARTE Y LA ECONOMÍA	139	Incógnitas
83	El valor del objeto	142	La pulsión de muerte y el principio del placer
85	El valor objeto del objeto artístico	144	Suicidios temporales
88	La vida como alienación	147	Caída por defecto
90	El arte como plusvalía total	150	Arte y tecnología
92	Absoluta justicia material	154	El flujo del tiempo
95	El regalo	157	Arte, una terapia
		160	NOTAS
		167	EPÍLOGO por Daniel Lesmes

ADVERTENCIA AL LECTOR

Los prólogos están dirigidos al lector. Por lo tanto, implican un mayor grado de ansiedad que el cuerpo del libro, que está dirigido “a quien corresponda”, y a menudo solo corresponde al autor. El prólogo debe entenderse y debería ayudar a entender lo que viene a continuación; de lo contrario no habría ninguna razón para escribirlo. Su carácter “orientado a resultados” genera en el autor un deseo apremiante de adelantar en él muchas de las ideas contenidas en el libro y, además, necesariamente, de una forma más pobre y superficial de como están expresadas después.

En este voy a intentar únicamente aislar la idea en la que se fundamentan la mayor parte de las especulaciones que contiene el libro: el mundo es un subproducto de la producción de la autonomía del arte (de su autonomización constante). Este proceso por el que el arte intenta significar su verdad ha ido produciendo a lo largo de la historia un resto de material inerte, gastado, fijo, que conforma lo que entendemos por realidad. El mundo, al que llamo “el resto” por su condición homogénea frente al arte, se re-crea con un grado mayor de complejidad al final de cada ciclo en el que el arte se piensa a sí mismo.

Muchos de los pensamientos expuestos en el libro, como el del párrafo anterior, resultan paradójicos y contrarios a la intuición, idénticos en su sentido contra-intuitivo, y se podría decir que todos los capítulos expresan más o menos lo mismo (“lo mismo” es lo que *no* dicen). Sin embargo, cada uno de ellos tiene su manera propia de invertir el sentido común inmediato acorde a la especificidad del tema que aborda, su propio punto de vista, y cada tema tiene su propio aspecto aparentemente absurdo por propio derecho, con una explicación inversa a lo que el sentido común sugeriría. El lector puede imaginar dos escenarios posibles en los que esta discrepancia con la realidad sea posible: en el primero, el autor pretende destacar de la multitud y da rienda suelta a su extravagancia, cualidad esta a la que los artistas han sacado mucho

provecho en sociedad a lo largo de la historia. En el segundo, el autor se engaña a sí mismo haciendo ver que todo lo que se considera “realidad” es perverso y sirve solo a intereses creados. Si me dieran a elegir entre ser retratado como un bastardo efectista (1) o como un loco obsesionado con teorías conspirativas, me inclinaría por lo segundo. La humanidad y su concepto serían los conspiradores.

El libro tiene la estructura de una pirámide. Su lectura, en continuidad con este carácter contrario a las buenas costumbres, ha de empezarse por la cima y acabarse en los cimientos. Tal y como corresponde, la base cuenta con explicaciones más lógicas y *fundamentadas* que las que, progresivamente, muestran las capas superiores, anteriores en la lectura. De capítulo en capítulo, los temas evolucionan desde lo más específico de la experiencia del arte hasta lo más general en relación con la experiencia de ser humano, de ser mortal. Para entender los primeros capítulos puede ser necesario, pues, leer el texto dos veces, como les ha parecido conveniente a las personas que generosamente me han ayudado a corregirlo y perfeccionarlo.

En qué medida coincide mi empeño con el de otros filósofos es cosa que no quiero juzgar. Lo que aquí he escrito, ciertamente, no aspira en particular a novedad alguna; razón por la que, igualmente, no aduzco fuentes: me es indiferente si lo que yo he pensado ha sido o no pensado antes por otro.

Solo voy a mencionar una importante contribución: estoy en deuda con la obra y la figura de Ludwig Wittgenstein, entre otras cosas porque el párrafo anterior lo he copiado palabra por palabra del prefacio de su *Tractatus logico-philosophicus*. Las múltiples deudas restantes quedan delegadas al buen juicio y conocimiento de los lectores.

Quisiera hacer dos advertencias. La primera es con respecto al uso especialmente restrictivo que hago de la palabra “arte”, tan estrecho que requiere un esfuerzo imposible encontrar algo que pueda caber en ella. No cabe nada porque todo arte —y este es su aspecto principal, a mi manera de entender el arte— solo es tal cuando se ve desde el punto de vista de la eternidad, un punto de vista desde el que uno se puede asomar por un tiempo muy corto y solo con la ayuda de un poco de autoengaño (el punto de vista de la eternidad es solo una intuición y una ilusión, porque de otro modo sería “eterno”, absoluto y no “un punto

de vista”). Ajustar la escala conforme a esta tarea imposible es solo otra manera de mostrar respeto por el arte cuando se escribe sobre el arte.

La segunda advertencia tiene como objeto descargarme de responsabilidad. Soy consciente de que a algunas personas les podría resultar molesto que me refiera siempre al artista o al filósofo (o al idiota) como “él”, en masculino. Ruego comprensión al respecto. Todo lo expresado en este libro es una experiencia personal que no tiene la pretensión de ser aplicable a ninguna otra persona que no sienta que avanza con su flujo. Cuando escribo me resulta falso y arrogante el uso alternativo o indistinto del masculino y del femenino, que es habitual en muchos autores, como si yo fuera capaz de conocer no solo lo que es la experiencia interior de las mujeres artistas sino la experiencia interior de cualquier otro ser humano que no sea yo mismo. En cualquier caso, aunque esta exención de responsabilidad sea entendida y aceptada por completo como un hecho, el tejido de tantos “él” en este texto podría no obstante resultar molesto a muchos, y no puedo sino lamentarlo.

Otro motivo de desaprobación podría ser el hecho de que hablo constantemente de “artistas” y “teóricos” y quizá, como consecuencia de ello, el lector que no pertenece nominalmente a uno de estos grupos se sienta excluido. Para esto tengo una explicación más elocuente: propiamente hablando, no hay ningún “artista” o “no artista”, sino gente que hace frente a situaciones, en determinados momentos, de acuerdo con los impulsos del arte y, en otros, de acuerdo con impulsos no artísticos. La proporción de tiempo y aspectos varía según las personas y circunstancias. Todo el mundo es un artista, mientras piensa y actúa como tal.

Mi educación y desarrollo como ser humano se han dado dentro del mundo del arte, es decir, que los conceptos erróneos y los sesgos que he tenido que desarmar durante mi vida (y los que me quedan por desarmar) vienen implícitos en mi condición de artista. Para otras personas que se han formado en la negociación con las dificultades de otras disciplinas puede resultar natural pensar que de lo que hablo cuando digo “arte” es en realidad “filosofía” o “religión”, por ejemplo. Para quien así lo vea creo que el texto tiene el mismo sentido si sustituye las palabras “arte” y “artista” por “filosofía” y “filósofo”, “religión” y “sacerdote” o por cualesquiera otras que tengan una relación parecida, en lo esencial, con la realidad que nos rodea.